

## Hudson, Cunninghame Graham y Conrad: América Latina, ¿civilización o barbarie?

Nair María ANAYA FERREIRA  
Universidad Nacional Autónoma de México

William Henry Hudson y Robert Bontine Cunninghame Graham son dos nombres casi olvidados en la historia literaria inglesa y que sin embargo tienen importancia no sólo por sus logros literarios sino por su cercana relación con otro autor cuyo valor sigue vigente: Joseph Conrad. Tienen además otra característica que los hace especialmente significativos para los lectores latinoamericanos: ambos escribieron sobre la realidad cambiante de nuestro continente en el periodo en el que se intentaba dejar atrás la “barbarie” y entrar de lleno a la civilización, a finales del siglo XIX y principios del XX.

Mi propósito aquí es examinar brevemente la importancia de estos dos autores que lograron interiorizar los conflictos que surgieron de la transformación de las pampas, especialmente en el área que comprende partes de Argentina, Uruguay y Paraguay, y discutir cómo su tratamiento de temas latinoamericanos ejerció una gran influencia en Conrad, de tal forma que se puede decir que éste no habría escrito *Nostramo* si no hubiera conocido a Hudson y Cunninghame Graham.

William Henry Hudson nació en Quilmes, cerca de Buenos Aires, en 1841, descendiente de ingleses. Disfrutó enormemente su infancia y adolescencia en la pampa, aunque nunca se sintió argentino de verdad. Desarrolló un gran interés por la naturaleza y la estudió en detalle, con la esperanza no sólo de contradecir algunas de las afirmaciones de Charles Darwin, sino de convertirse, de hecho, en un naturalista reconocido en Inglaterra. Su salida de Argentina rumbo a Inglaterra en 1874 coincide con el fin del periodo presidencial de Domingo Faustino Sarmiento, quien promovió el desarrollo del país por medio de la expansión del comercio, la construcción de ferrocarriles y el apoyo a la inmigración masiva. Según el primer biógrafo de Hudson, Morley Roberts, éste abandonó Argentina para nunca volver porque no podía soportar la transformación y la destrucción del medio ambiente causados por los insensibles inmigrantes italianos.

Esto nos ayuda a comprender las actitudes de Hudson con respecto a su tierra natal y algunas de las contradicciones que sustentan su escritura. Al rechazar la modernización de Argentina, Hudson buscó revivir y recrear una época dorada, casi primitiva y pastoral, que no hubiera sido afectada y corrompida por la civilización. Sin embargo, esta concepción de un modo de vida simple implicaba también aceptar la idea europea de que los países no europeos son necesariamente “atrasados”. Así, si consideramos que sus representaciones de la vida en la pampa resaltan el carácter dramático de un medio ambiente hostil y justifican la existencia de una violencia natural y social, podemos decir también que Hudson aprobaba, al menos en forma parcial, la dicotomía impuesta culturalmente de “civilización” y “barbarie”.

El interés de la obra de Hudson reside en esta oposición irreconciliable, un dilema, para él verdadero, que surge de una profunda transformación histórica: la integración del modo de vida rural de Argentina a un modo de producción capitalista. Sin embargo, como Jean Franco apunta en su brillante introducción a la versión española de *The Purple Land*, la primera novela de Hudson, éste no comprendía la variedad de fuerzas detrás de la dominación de los poderes industrializados, fuerzas que, en última instancia, crearon una serie de oposiciones aún vigentes en la actualidad y que definen la cultura de la dependencia: civilización contra barbarie, racionalidad contra fuerzas instintivas oscuras, metrópolis contra periferia.<sup>1</sup> Hudson a menudo revierte las implicaciones de estas relaciones imaginarias, lo que resulta en una crítica mordaz, aunque algo engañosa, de los tiempos modernos. Es en el contexto de esta doble fragmentación del pensamiento de Hudson como se debe intentar una lectura de su narrativa.

Las actitudes que dan forma a la escritura de Hudson pueden dividirse en tres grupos y son indicativas de las tensiones que sostienen su obra. En primer lugar, sus evocaciones del gaucho y de la pampa resaltan las consecuencias destructivas de la industrialización y crean un mundo idealizado que se convierte en un mítico “allá lejos y hace tiempo”. En segundo lugar, hay un claro rechazo de las costumbres e instituciones tradicionales británicas, que él ve como el sobrerrefinamiento de la civilización y que, en su forma más maligna, son los agentes destructores de la naturaleza. Finalmente, expresa su rechazo total al modo de vida de los indios en términos de varios conflictos culturales y científicos que a

<sup>1</sup> Vid. Jean FRANCO, “Introducción”, en Guillermo Enrique HUDSON, *La tierra purpúrea y Allá lejos y hace tiempo*. Trad. de Idea Vallarino. Caracas, Ayacucho, 1980, pp. XXXIX-XLV.

su vez están formados por la aceptación inconsciente (“subliminal”, la llama Jean Franco) de la dicotomía civilización-primitivismo.

En una de sus obras autobiográficas, *Far Away and Long Ago. A History of my Early Life* (1918), Hudson evoca con nostalgia un modo de vida pastoral que dejó de existir con el influjo masivo de inmigrantes españoles e italianos. En una de sus pocas referencias directas al proceso de modernización, escribe, después de recordar la estancia ahora destruida de don Evaristo Peñalva, un patriarca de las pampas:

I only know that the old place where as a child I first knew him, where his cattle and horses grazed, and the streams where they were watered was alive with herons and spoonbills, black-necked swans, glossy ibises in clouds, and great blue ibises with resounding voices, is now possessed by aliens, who destroy all wild-bird life and grow corn on the land for the markets of Europe.<sup>2</sup>

Para Hudson, las cualidades idílicas de la naturaleza sugeridas aquí están íntimamente asociadas con su infancia despreocupada y libre. Pero esta idealización no queda ahí, pues él la personifica en la vida misma del gaucho. Así, se identifica con una forma de vida que él mismo consideraba como semibárbara, una forma de vida que, durante los años de vejez y abandono en Inglaterra, se convirtió en una rebelión personal contra las instituciones y la sociedad británicas. Revierte, entonces, las connotaciones del término “civilización” y lo convierte en un sinónimo de artificialidad y restricción. Como Richard Lamb, el narrador de *The Purple Land*, exclama después de un maravilloso encuentro con la mugre, la libertad y la felicidad de la familia de John Carrickfergus, el colonizador escocés que rechazó los “placeres” de la vida civilizada:

O civilisation, with your million conventions, soul-and-body-withering prudishness, vain education for the little ones, going to church in best black clothes, unnatural craving for cleanliness, feverish striving after comforts that bring no comfort to the heart, are you a mistake altogether?<sup>3</sup>

La trama de esta obra, publicada en 1885 aunque escrita quizás en la

<sup>2</sup> W. H. HUDSON, *Far Away and Long Ago. A History of my Early Life*. Londres, Denton and Sons, 1923, p. 197.

<sup>3</sup> W. H. HUDSON, “The Purple Land, Being the Narrative of one Richard Lamb’s Adventures in the Banda Oriental in South America, As Told by Himself” [1922], en *South American Romances*. Londres, Duckworth, 1930, p. 254.

década anterior, es una especie de novela de formación, *bildungsroman*, en la que se narra la reeducación de Lamb, un inglés que llegó a Argentina de niño, mediante una serie de encuentros personales con una muestra significativa de la sociedad de la pampa: gauchos, colonizadores ingleses, campesinas, damas españolas, revolucionarios. Sin embargo, Hudson revierte los objetivos culturales y sociales del proceso educativo y transforma las actitudes ultrarrefinadas de Lamb en una identificación total con el “primitivismo” de la región. Durante su conversión, su “acriollamiento” en palabras de Jorge Luis Borges, Lamb traza el carácter simple y pastoril de la gente, así como el estado silvestre del paisaje, pero siempre en relación irónica con la carga impuesta por la cultura británica. De visita en una estancia, describe su conversación con los habitantes del lugar:

While I talked to these good people on simple pastoral matters, all the wickedness of Orientals—the throat-cutting war of Whites and Reds, and the unspeakable cruelties of the ten years’ siege— were quite forgotten; I wished that I had been born amongst them and was one of them, not a weary, wandering Englishman, overburdened with the arms and armours of civilisation.<sup>4</sup>

La adaptación gradual, por parte de Lamb, a la violencia y la pasión de la pampa, se convierte en una aceptación total de estas características como algo necesario para mantener sin restricciones el estado salvaje de la naturaleza:

I cannot believe that if this country had been conquered and recolonised by England, and all that is crooked in it made straight according to our notions, my intercourse with the people would have had the wild, delightful flavour I have found in it.

And if that distinctive flavour cannot be had along with the material prosperity resulting from Anglo-Saxon energy, I must breathe the wish that this land may never know such prosperity. I do not wish to be murdered; no man does; yet rather than see the ostrich and deer chased beyond the horizon, the flamingo and black-necked swan slain on the blue lakes, and the herdsman sent to twang his romantic guitar in Hades as a preliminary to security of person, I would prefer to go about prepared at any moment to defend my life against the sudden assaults of the assassin.<sup>5</sup>

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 69.

<sup>5</sup> *Ibid.*, pp. 333-334.

Este párrafo es un buen ejemplo de las contradicciones que subyacen en la escritura de Hudson. Por un lado, Richard Lamb personifica y da voz al tipo de actitudes que permitieron que la Gran Bretaña estableciera su dominio económico. En realidad, el personaje-narrador nunca toma conciencia del proceso político por medio del cual los países “subdesarrollados” fueron introducidos al mercado internacional por los países “civilizados” y que consistió precisamente en asegurar la dependencia económica de repúblicas independientes pero carentes de estabilidad social. Por otro lado, el interés genuino de Lamb por la permanencia de un estado natural del medio ambiente, aun a costa de las consecuencias sociales que esto implique, va de acuerdo con la perspectiva científica y naturalista de Hudson, que sitúa al hombre como elemento orgánico de la naturaleza.

Este último punto es evidente en su descripción del gaucha, quien emerge en la obra de Hudson como una figura segregada y rebelde, sin las ataduras de las reglas convencionales de la sociedad “civilizada”. En dos obras autobiográficas, *Idle Days in Patagonia* y *Far Away and Long Ago*, así como en *The Purple Land*, el gaucha aparece como personaje periférico, pero con características ambivalentes. En las obras maduras de Hudson, sin embargo, su presentación está mejor lograda, con una percepción social e histórica mucho más definida.

Hudson capta el sentido de fatalidad del gaucha —que, según algunos autores, como el mismo José Hernández en su *Martín Fierro* (1872), es su rasgo inherente— y lo transforma en una expresión trágica del drama de todo ser humano.

En su obra maestra, el cuento “El Ombú”, publicado en 1902, Hudson relaciona las violentas características regresivas de los personajes con la influencia dramática del paisaje, y esta tensión queda simbolizada por la presencia del ombú, un árbol que tiene connotaciones fatalistas en el folklore argentino. La fatalidad que persigue a todo aquel que se sienta a la sombra de este árbol se extiende a la estancia que da nombre al cuento, “El Ombú” y, por asociación, a todo aquel que llega a vivir a ese lugar. De manera más sutil que en *The Purple Land*, Hudson estructura la trama alrededor de importantes sucesos históricos que encarnan, por así decirlo, la dramática transformación social de la Argentina del siglo XIX. De hecho, “El Ombú” puede leerse como una historia del gaucha: primero se ve al gaucha en su plenitud, representado por el patriarca don Santos Ugarte y su productiva estancia. Después vemos al gaucha reclutado a la fuerza para llevar a cabo la guerra de exterminio contra los indios, durante la apertura de fronteras. En tercer lugar, la destrucción de su forma de vida

y su desplazamiento final por el vasto proceso de modernización de la región quedan simbolizados por la demolición de la casa y de la estancia, así como por la locura de la única mujer que sobrevive el proceso.

Como método narrativo Hudson emplea la cordura y honestidad del viejo Nicandro, quien encarna y expresa la sabiduría colectiva de su pueblo. De manera similar a Marlow en *Heart of Darkness* de Conrad, Nicandro es testigo de todos los acontecimientos que narra, pero a diferencia del narrador de Conrad, no intenta ni explicar ni comprender las fuerzas morales y físicas que ocasionan dichos eventos trágicos; simplemente se limita a narrarlos en un registro plano, sin cambios. La fuerza de la estructura narrativa y simbólica del cuento reside en esa presentación en apariencia simple y directa: el uso de la tradición oral—que implicaría el predominio de una sociedad “primitiva”—esconde las tensiones y contradicciones de la búsqueda de la modernidad, que es de hecho lo que nos cuenta Nicandro. No deja de ser irónico que el representante de este proceso “civilizador”—el general Barboza, quien se encarga de reclutar a los hombres de la región para luchar contra los indios en la apertura de la frontera sur—es un hombre irracional y brutal que encarna la regresión a las fuerzas oscuras de la naturaleza.

En la que es quizá la escena más impactante de la obra de Hudson, Barboza, víctima de una rara y debilitante enfermedad, acepta seguir el remedio ritual prescrito por su médico para volver a obtener su legendaria fuerza. Se le ha ordenado que tome un baño de sangre dentro del cuerpo de algún animal vivo:

In due time a very big bull was brought in and fastened to a stake in the middle of the camp. A space, fifty or sixty yards round, was marked out and roped round, and ponchos hung on the rope to form a curtain so that what was being done should not be witnessed by the army. But a great curiosity and anxiety took possession of the entire force, and when the bull was thrown down and his agonising bellowings were heard, from all sides officers and men began to move toward the fatal spot. It had been noised about that the cure would be almost instantaneous, and many were prepared to greet the reappearance of the General with a loud cheer.

Then very suddenly, almost before the bellowings had ceased, shrieks were heard from the enclosure, and in a moment [...] out rushed the General, stark naked, reddened with that bath of warm blood he had been in, a sword which he had hastily snatched up in his hand. Leaping over the barrier, he stood still for an instant, then catching sight of the great mass of men before him he flew at them,

yelling and whirling his sword round so that it looked like a shining wheel in the sun. The men seeing that he was raving mad fled before him, and for a space of a hundred yards or more he pursued them; then that superhuman energy was ended, the sword flew from his hand, he staggered, and fell prostrate on the earth. For some minutes no one ventured to approach him, but he never stirred, and at length, when examined, was found to be dead.<sup>6</sup>

Esta escena con tintes apocalípticos es un apto comentario para la irracionalidad del proceso de modernización, que Hudson ve como una fuerza negativa que arrasa con la simplicidad pastoral de la pampa. El final del cuento constituye una negativa total de la felicidad: los personajes mueren o enloquecen, víctimas de la ruptura del equilibrio entre hombre y naturaleza. Sólo el viejo Nicandro sobrevive para contar la trágica historia de una comunidad que se extingue; su autoridad se basa, como dice Walter Benjamin, en la muerte misma y, uno podría agregar, en la fuerza de la memoria.

Si tanto la vida como la obra de Hudson representan el dilema interno de América Latina, la vida y la obra de Robert Bontine Cunninghame Graham corresponden a ciertas actitudes expansionistas típicas del imperialismo. Cunninghame Graham era un aristócrata escocés, con ascendencia española. Nació en Londres en 1852 y desde muy joven viajó a América Latina con la intención de llevar a cabo una variedad de empresas comerciales que, por una razón u otra, fracasaron. De hecho, sus actividades podrían haber salido de cualquier novela inglesa de aventuras del siglo XIX. Sin embargo, a diferencia de la figura popular del aventurero, Cunninghame Graham se identificó desde un principio con los gauchos y no con los colonizadores europeos, de modo que, si bien es cierto que sus motivos iniciales fueron financieros, también lo es que con el tiempo demostró un interés genuino por la suerte que habría de correr este grupo humano.

En sus escritos latinoamericanos, al igual que Hudson, Cunninghame Graham evoca un paraíso perdido donde el hombre y la naturaleza viven reconciliados en una unidad orgánica y dinámica. Sin embargo, este paraíso no es pacífico. Todo lo contrario: es necesario aceptar la violencia y la pasión para mantener el estado salvaje de la naturaleza. Es decir, Cunninghame Graham reconoce la violencia pero no la censura, pues la ve como la característica intrínseca de una forma de vida más

<sup>6</sup> W. H. HUDSON, "El Ombú", *ibid.*, pp. 49-50.

“natural”, espontánea y, en última instancia, más honesta que la del hombre “civilizado”.

Cunninghame Graham escribe principalmente ensayos y bosquejos, formas flexibles que le permiten combinar las reminiscencias de su vida con los gauchos con especulaciones intelectuales sobre cuestiones más amplias como la naturaleza de la civilización. Emplea, entonces, a la cultura suramericana como un valor positivo con el cual medir la degradación de los europeos. Inevitablemente, sin embargo, los términos de la comparación están dados por un punto de vista europeo, de manera que, en última instancia, y a pesar de su simpatía por los “nativos”, la dicotomía entre “civilización” y “barbarie” persiste. Esto se hace patente en su presentación del gaucho, quien aparece como medio civilizado y medio salvaje. En “A Vanishing Race” (1896) el gaucho es:

Civilised enough to have (sometimes) a picture of a saint in his house, to cross himself if he hears a sudden noise at night, still savage enough to know by the foot-print if the horse that passed an hour ago was mounted or running loose. A strange compound of Indian and Spaniard, of ferocity and childishness, a link between ourselves and the past.<sup>7</sup>

Es interesante que los rasgos que Graham ve, irónicamente, como “civilizados” contribuyen más bien a las supersticiones del gaucho que a su forma de vida, que depende de sus características “primitivas”. No obstante, en general, Cunninghame Graham no considera a los gauchos como un pueblo atrapado entre dos culturas, sino como un pueblo peculiar y original que ha creado una tradición cultural propia y que por lo mismo no cabe dentro de la “civilización”. La mayoría de los escritos de Cunninghame Graham incorporan las costumbres y tradiciones de los gauchos, así como su cercana relación con la naturaleza; pero lo que les da unidad temática a los bosquejos es un sentido de fatalidad que se percibe en cada descripción de la vida de los gauchos.

El análisis de la religión de los gauchos y de las actitudes de éstos hacia la vida y la muerte le permite a Cunninghame Graham expresar en forma irónica y sutil sus puntos de vista sobre asuntos filosóficos más amplios. En “Un angelito” (1899) examina la influencia del cristianismo —y por tanto de la herencia española— sobre la vida de los gauchos y sobre el uso que éstos hacen de estas tradiciones “externas”. Un día decide visitar a un conocido suyo, Eustaquio Medina, y encuentra la casa

<sup>7</sup> R. B. CUNNINGHAME GRAHAM, “A Vanishing Race”, en *Father Archangel of Scotland and Other Essays*. Londres, Adam and Charles Black, 1896, pp. 166-167.

llena de gente, en una época en la que todos debían estar tomando precauciones por los ataques indios. Resulta que el pequeño hijo de Eustaquio acaba de morir y los visitantes vienen a compartir un baile —presidido por el cuerpo del niño, convertido ahora en “angelito”— para celebrar su travesía al cielo. Para Cunninghame Graham, las creencias de Eustaquio resumen la filosofía práctica y realista del gaucho:

The flesh, the devil, and the world were not the things against which Eustaquio thought a true believer should prepare —at least I think so— for, if he ever thought about such matters, he judged most likely it was the business of his priest to shield him from the devil; the world in the Pampas is not too distracting to the mind, and for the flesh he made no struggle, thinking that that which God had made must of necessity be good for man.

El desprecio que los gauchos supuestamente sienten por la muerte se manifiesta en la aparente indiferencia de Eustaquio ante su hijo muerto:

The conscious pride of being, as it were, in direct touch with heaven itself had caused him to forget his grief for his son's death. No people upon earth can be more absolutely material than the Gauchos of the Pampa, yet one is just as safe amongst them, even in a bargain, as amongst those who analyse their motives and find a spiritual explanation for the basest of their deeds.

Amusements, except ostrich-hunting, cattle-marking, with racing, and others of a nature in which it is not easy for women to participate, are scarce. When a child dies it is a signal for a dance to celebrate its entrance into bliss.

En caso de que sus opiniones parezcan sacrílegas a los lectores, Cunninghame Graham observa de inmediato, y con gran ironía, cómo los refinamientos de la civilización han borrado los rasgos más espirituales (y primitivos) de la religión:

If the Christian faith was really held by anybody in its entirety, this custom would not be solely to be observed amongst the Gauchos. As it is, humanity in almost every other country rises superior even to faith, that first infirmity of uninstructed minds.

Así, el angelito, “dressed in his best clothes, sat in a chair upon a table, greenish in colour, and with his hand and feet hanging down limply

— horrible, but at the same time fascinating”, mientras que los varones tocaban la guitarra y las jóvenes parejas bailaban.

Como muchas otras tradiciones gauchas, sin embargo, esta costumbre se ha ido degradando debido a la llegada del “progreso”. Aquí hay un cambio de tono narrativo y se siente ahora la voz más “europea” de Graham:

Why the presence of a child's body, even if its soul is with the blessed, should set on folk to dance passes my comprehension. Yet so it is, and a commercial element has crept into the scheme.

At the country stores, called “pulperias” in Buenos Ayres, sometimes the owner will beg or buy the body of a child just dead to use it as an “angelito” to attract the country people to a revel at his store...

From where the custom came, whether from Europe or from the Indians [...] that I cannot tell: one thing I know, that, in the Pampa of Buenos Ayres, it and all other customs of a like kind are doomed to disappear.<sup>8</sup>

A pesar de su simpatía característica por los gauchos, Cunninghame Graham también percibe sus limitaciones, a las que considera como resultado de la corrupción de su herencia hispana. Sus irónicas opiniones sobre lo absurdo de algunas de las interpretaciones que los gauchos hacen de los dogmas cristianos, como se ve en “Un angelito”, se hacen más patentes cuando compara al gaucho con el indio aborigen de la pampa. En “The Gualichú Tree” (1902), por ejemplo, Cunninghame Graham explora las creencias de los dos grupos en relación con la forma como reaccionan ante un árbol solitario en la planicie, al que le atribuyen poderes sobrenaturales, y al que han convertido en un altar al espíritu del mal, Gualichú.

Para los gauchos, el árbol de Gualichú demuestra cuán idólatras son los indios, y Cunninghame Graham con astucia parte de aquí para desarrollar sus puntos de vista sobre la intolerancia religiosa del ser humano. Los gauchos, dice:

[...] being Christian by the grace of God, and by the virtue of some drops of Spanish blood, spoke of the Indians as idolators. The Indians had no idols, and the Gauchos now and then a picture of a saint hung

<sup>8</sup> R. B. CUNNINGHAME GRAHAM, “Un angelito”, en *The Ipané*. Londres, T. Fisher Unwin, 1899, pp. 59-65.

on the walls of their low reed-thatched huts, to which a mare's hide used to serve as door. So of the two, the Gauchos really were greater idolators than their wild cousins, whom they thus condemned, as Catholics and Protestants condemn each other, secure in the possession of their church and book, and both convinced the other must be damned.

So all the Gauchos firmly held the Indians thought the Tree a God, not knowing that they worshipped two great spirits, one ruling over good, and the more powerful over evil, as is natural to all those who manufacture creeds [...]

Of all the mountains which faith can, but hitherto has not attempted, to remove, the monstrous cordillera of misconception of other men's beliefs is still the highest upon earth. So, to the Gauchos, and the runagates (forged absolutely on their own anvils), who used to constitute the civilising scum which floats before the flood of progress in the waste spaces of the world, the Gualichú Tree was held an object half of terror, half of veneration, not to be lightly spoken of [...]

Among the Indians, and in the estimation of all those who knew them well, the tree was but an altar on which they placed their free-will offerings of things which, useless to themselves, might, taking into account the difference of his nature from their own, find acceptance, and be treasured by a God.

So fluttering in the breeze it stood, a sort of everlasting Christmas tree, decked out with broken bridles, stirrups, old tin cans, pieces of worn out ponchos, bolas, lance-heads, and skins of animals, by worshippers to whom the name of Christian meant robber, murderer, and intruder on their lands.<sup>9</sup>

Por otro lado, sin embargo, Cunninghame Graham también ve a los indígenas como víctimas del proceso de modernización. Respeto sus creencias como genuinas y no las presenta sólo como expresión de la bajeza de la naturaleza indígena (como hacen otros autores ingleses que escriben sobre América Latina) en la escala humana. No obstante, en la mayoría de los bosquejos aún se ve a los indios como salvajes, por lo que su presentación no es tan consistente como la de los gauchos. A pesar de que, de hecho, los indios tienen una existencia muy parecida a la de los gauchos, se les ve como más primitivos y crueles, como la constante fuente de terror que puede caer en cualquier momento sobre los asentamientos de gauchos y colonizadores. Hay un paralelismo notable entre

<sup>9</sup> R. B. CUNNINGHAME GRAHAM, "The Gualichú Tree", en *Success*. Londres, Duckworth, pp. 11-13.

la imagen cultural de los indios de las pampas y la de los indios norteamericanos; la representación de Cunninghame Graham se puede tomar como indicativa de la atmósfera de su tiempo.

A pesar de que Cunninghame Graham muestra una gran penetración sobre las consecuencias históricas y culturales del imperialismo, aun así encuentro difícil reconciliar la sensación de aventura que Cunninghame Graham expresa con respecto a la expansión de las fronteras, y que predomina en toda su vida, con su aparente interés por la extinción gradual de los indios argentinos. En ocasiones, parece que este interés es más una identificación romántica con un grupo social en vías de extinción. Esto es evidente en el cambio de tono que se percibe en sus bosquejos cuando describe las acciones y costumbres de los indios: las descripciones varían de una presentación alejada e indiferente de ciertas tradiciones que Cunninghame Graham considera como brutales y salvajes, a un respeto intelectual por sus creencias —que usa para ilustrar su escepticismo sobre ciertas nociones europeas—, y finalmente a una evocación nostálgica de su existencia destinada ya a la extinción.

Además de los pequeños ensayos y bosquejos, que suman casi medio centenar (escritos entre 1896 y 1936), Cunninghame Graham también escribió varias historias sobre América Latina: *A Vanished Arcadia being some Account of the Jesuits in Paraguay 1607 to 1767* (1901), *Hernando de Soto* (1903), *Cartagena and the Banks of Simi* (1920), *The Horses of the Conquest* (1930) y *Portrait of a Dictator* (1933). Joseph Conrad conocía y admiraba varias de las obras de Cunninghame Graham, así como las de Hudson, y quedó particularmente impresionado con la serie de recuentos históricos de la conquista de México, Centro y Suramérica que publicó Graham. Poco antes de escribir *Nostromo* (1904) y durante su creación, Conrad leyó *A Vanished Arcadia* y *Hernando de Soto*, de la que hizo comentarios extáticos: "It's the most amazing natural thing I've ever read; it gives me a furious desire to learn Spanish and bury myself in the pages of the incomparable Garcilasso —if only to forget all about our modern Conquistadores", le escribió a Cunninghame Graham en diciembre de 1903.

El último comentario nos dice mucho de la afinidad personal e intelectual que existía entre Conrad y Cunninghame Graham. Conrad no sólo se sentía atraído por el temperamento irónico del escocés y por su profunda convicción de la inevitabilidad del destino humano, sino que ambos compartían un interés intenso y mordaz sobre los absurdos morales y visuales que surgían de la yuxtaposición de las culturas, de lo "civilizado" con lo "primitivo". Además, al describir y evaluar las

hazañas de los españoles, como lo hizo en *Hernando de Soto*, Cunninghame Graham también consideró los valores y las consecuencias morales del imperialismo, la naturaleza de la civilización y la validez de la idea de progreso. Compara a menudo las proezas de los conquistadores con las de los imperialistas de su tiempo: vistos por su mejor lado, su sinceridad religiosa y la intrepidez de sus acciones los hacen superiores a sus contrapartes modernos; por el peor, su crueldad brutal los hace predecesores de las injusticias del imperialismo. No obstante, por lo general Cunninghame Graham reviste los acontecimientos de la Conquista con un velo de aventura y romance que en última instancia condona e incluso justifica las acciones de los españoles:

That which the Spaniards did in the green tree three hundred years ago in Mexico and in Peru, removed as they were beyond restraint, and with no check but the self-sacrificing efforts of the great Las Casas and a few monks, all Europe does to-day in the dry tree of modern Christianity and in full view of an indifferent world. But few protest, and their weak voices soon are swallowed up by the full chorus of self-approbation which accompanies our deeds.

But while the Conquest of America was stained with blood, so deeply that each ounce of gold brought from the Indies must have turned red in all its particles, there yet remains a charm about the whole impossible adventure which places it in the first rank of the romantic episodes that a dull world has seen.

The conquerors themselves, although in fact they were but filibusters, displayed such gallantry and perseverance, even in their worst actions, that one's reluctant admiration goes out to them as men, and one forgets the pity of it all.<sup>10</sup>

En *Nostramo*, Joseph Conrad emplea una técnica similar: por medio de la yuxtaposición de diversas etapas históricas de Costaguana socava irónicamente los eventos y los personajes de la novela. Una imagen recurrente es la de la herencia hispana de Costaguana, que aparece como una fuerza positiva que contrarresta los ataques del imperialismo moderno. En la descripción de la visita de Sir John a Sulaco, por ejemplo, la historia de la ciudad se emplea para satirizar las actitudes cerradas e intolerantes del presidente del ferrocarril. Sir John descarta en pose chocarrera la importancia histórica de Sulaco como la más elevada corte

<sup>10</sup> R. B. CUNNINGHAME GRAHAM, *Hernando de Soto, Together with an Account of One of his Captains, Gonçalo Silvestre*. Londres, Heinemann, 1903, pp. x-xi.

eclesiástica en el pasado; para él, la ciudad es sólo un lugar recóndito y aislado. Le dice a Mrs. Gould (a quien podemos considerar como la voz de la cordura en la narrativa):

We can't give you your ecclesiastical court back again; but you shall have more steamers, a railway, a telegraph-cable—a future in the great world which is worth infinitely more than any amount of ecclesiastical past. You shall be brought in touch with something greater than two viceroyalties. But I had no notion that a place on a sea-coast could remain so isolated from the world. If it had been a thousand miles inland now—most remarkable! Has anything ever happened here for a hundred years before today?<sup>11</sup>

Sin embargo, Conrad no idealiza el periodo colonial y muestra el trato cruel y despiadado de la explotación de la mina de San Tomé, en la época en la que se trabajaba

[...] mostly by means of lashes on the backs of slaves, its yield had been paid for in its own weight of human bones. Whole tribes of Indians had perished in the exploitation; and then the mine was abandoned, since with this primitive method it had ceased to make a profitable return, no matter how many corpses were thrown into its maw.<sup>12</sup>

Así, en toda la novela, Conrad entreteje varios elementos de la historia y la sociedad de América Latina para presentar un retrato irónico de los dilemas morales que surgen del proceso corruptor del imperialismo. Un buen ejemplo es la caracterización de don José Avellanos—el otoñal político que es representante máximo del partido de los *blancos*, la oligarquía criolla de Sulaco—y su sueño de alcanzar “peace, prosperity and [...] an honourable place in the comity of civilized nations”.<sup>13</sup> “Paz, prosperidad y un lugar honorable en la corte de las naciones civilizadas”—e, implícitamente, la obra maestra de don José Avellanos, *Fifty Years of Misrule*—se convierte en un leitmotiv con fuertes reminiscencias de *Civilización y barbarie* (1845) de Domingo Faustino Sarmiento. Como bien sabemos, Sarmiento, presidente de Argentina de 1868 a 1874, atacó a la bárbara tiranía de Facundo Quiroga, el hombre fuerte de la pampa cuyo gobierno intransigente y divisivo abrió el camino para el ascenso

<sup>11</sup> Joseph CONRAD, *Nostromo* (1904). Harmondsworth, Penguin, 1982, p. 42.

<sup>12</sup> *Ibid.*, p. 55.

<sup>13</sup> *Ibid.*, p. 125.

al poder del dictador Rosas. Sarmiento veía a esta forma de gobierno, y a la sociedad a la que regía —gauchos e indios—, como epítomes de la fuerza primitiva que necesitaba ser erradicada para lograr paz, prosperidad y civilización.

De manera similar, don José Avellanós piensa que el “militarismo es el enemigo”, e intenta crear las condiciones apropiadas —aliando su partido a poderes extranjeros— para establecer los ideales “civilizadores” y “progresivos” que caracterizaron el período de la presidencia de Sarmiento mismo. A pesar de que para Avellanós el establecimiento de un régimen dominado por los *blancos* encarnaría la perfección de la integridad moral, la acción de la novela nos muestra una faceta mucho menos atractiva de su idealismo. La ironía, al igual que en la obra de Hudson y Cunninghame Graham, no se puede perder: la lucha de Avellanós por hacer valer el programa federalista de los *blancos* sobre el movimiento centralista de Guzmán Bento —el tirano a la Rosas que incluso lo ha torturado y mantenido en prisión— da lugar a una forma similar de gobierno. Y lo que es peor, su adaptabilidad no sólo conlleva una dependencia total del extranjero, sino también, de ser necesario, el sacrificio de las masas por los “ideales” *blancos*, como se ve en su sentimiento de satisfacción al comprobar la potencia de los rifles contrabandeados para su causa.

Las conclusiones pesimistas de Conrad sobre la futilidad de las revoluciones son patentes al final de *Nostromo*, donde los “intereses materiales” (el otro leitmotiv que da forma a la obra) dominan el nuevo orden social de Costaguana, sin ninguna consideración por la justicia y la equidad sociales. *Nostromo* es, entonces, un apto comentario sobre la problemática desarrollada por los amigos de Conrad, Hudson y Cunninghame Graham, de tal manera que la novela del polaco se constituye en una especie de apéndice de la narrativa fatalista y con tintes apocalípticos de Hudson y Cunninghame Graham.

Cuando terminó de escribir los cuentos incluidos en el volumen de *Typhoon*, Conrad comentó que parecía no tener ya de qué escribir. El que haya dejado sus locaciones africanas y de los mares del sur y que haya decidido tomar a América Latina como escenario narrativo sugiere que él mismo reconoció la necesidad de explorar “nuevos” mundos que le permitieran acomodar sus opiniones políticas. La situación de América Latina le ofreció una estructura política y social adecuada, pero el contacto personal con Hudson y Cunninghame Graham fue definitivo para enfocar la realidad del continente desde una perspectiva “periférica”, con cierto grado de interiorización y compromiso (algo pocas veces

logrado por los escritores ingleses inscritos en la tradición latinoamericana). Un análisis de las relaciones intertextuales de las obras de estos autores nos permitiría estudiar a fondo cómo se manifiestan los temas y problemas latinoamericanos en la cultura literaria inglesa de principios de siglo. Por ahora, que este artículo sirva como breve introducción.